

PALABRAS PARA LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO¹

© **Zenaido Hernández Cabrera**

1

Quiero agradecer al autor, el buen amigo Carlos García, que me haya elegido para presentar su obra, compartiendo tarea con Carmelo y Martín, tan buenos amigos y compañeros de juegos y pedradas también en El Monturrio como lo son ahora de aventuras inquietas tanteando el mundo de la información.

Lo he leído de un tirón, y estoy seguro de que a ustedes les va a pasar igual. Carlos García se ha propuesto abrir el baúl de los recuerdos y dejar constancia de lo que distingue a nuestro barrio. Tiene mérito su apuesta y, en mi opinión, ha conseguido un feliz resultado.

Nuestro Monturrio fue un barrio humilde, que hizo honor a esa condición. Barrio laborioso y alegre, que creció con el sano orgullo de una vecindad de puertas y de ventanas abiertas. Un lugar que veía discurrir el agua en invierno, con el ronco y cantarino paso por el barranco y calles abajo, y que soportaba el verano con el porrón al pie de la tertulia, junto a las sillas que ocupaban las aceras, en las calles ajenas al tráfico. Entonces se percibía en la noche el sonido de las campanas de La Concepción, que se imponían ante las más leves del Colegio Salesiano, las del Hospital Militar o las de las monjas asuncionistas.

¹ Carlos García, *El Barrio de Duggi. Historia y recuerdos del antiguo Monturrio*, 2003.

Mi memoria se alimenta con recuerdos propios y de otros heredados, los de familiares y amigos, voces llenas de vivencias. Unos y otros se entremezclan al querer responder a la invitación que supone este acto. Voy a dejar volar el recuerdo, con algunos de los muchos nombres y vivencias que en este tiempo vamos a compartir. Evidentemente es solo una parte, una mera aproximación a lo que todos, ustedes mucho más que yo, podríamos aquí decir. Entonces crecía Santa Cruz. Era un crecimiento tan moderado que hoy añoramos su evolución. Mila, Milagros del Castillo, se asomaba al horizonte de su casa, en la abierta azotea de Benavides. Su madre, Doña Mari, nuestra vecina, con el cercano concepto de la familiaridad que entonces tenía ese término, le pedía que leyera el nombre del barco, del trasatlántico que se aproximaba a la bahía. Era la mejor manera de comprobar la veracidad de lo que había dicho la radio, Radio Club Tenerife, desde sus estudios en Alvarez de Lugo, antes de la hora del angelus y por supuesto previo al cuento de la una, con el tío Pepote, cuando se anunciaba el movimiento portuario y el balcón de la isla de la prensa traía temprano los nombres de los bien recibidos turistas, que Don Pedro, el primer guía turístico, que fue distinguido por el ministro Martín Gamero con la medalla al mérito, saludaba al pie de la escala para llevarles al Teide en uno de los viejos cadillac, chevrolet, de los ford cuatro o en el solemne y amplio pacard descapotable.

Ante nuestras casas, de espaldas al horizonte de un mar siempre abierto estaba la Placita, heredera de El Monturrio. He pensado muchas veces en la lenta escalada de los laureles de indias, que un día no lejano alguien propuso eliminar para construir un garaje, uno más ante el irresoluble problema del tráfico. Nos podemos imaginar lo que dirían esos brazos que han hurgado en las entrañas del volcán, o lo que dirán las ramas, a las que también les ha tocado la phytoptora, testigos de tantas y tantas generaciones, como lo fue durante un tiempo doña Dolores Fortuny, la abuela de nuestros amigos Santi y Loly. En su piel, entre cenicienta y parda, está la huella de nuestro afán de aventura, las tentativas de ir al

barranco, por las compuertas, puentes sin barandas que conectaban con el mundo de lo prohibido, traspasando el portalón de la finca de Don Bruno. Para ello había dos caminos, aprovechar un descuido de don Pepe, o intentarlo al final de Castro, por la casa de Nene. En aquel mundo rural, que se resistía a todo cambio, al pie de las flores estaba doña Carmen Pérez. Era un río humano el que nos visitaba cuando tocaba Finados, en pos de los crisantemos que se cosechaban en aquellas tierras, que también ocupaban las sansevierias, los ficus, las plantas de café, una espléndida buganvilla que contrastaba con el estercolero- hoy diríamos cámara de compostaje y de reciclado-, el pitanguero, los papayos o los plátanos que se escalonaban hasta llegar al fondo del barranco, ante las cuevas habitadas que en días de tormenta, uno de esos años borrados de la frágil memoria colectiva, los bomberos tuvieron que visitar para sacar gracias al pescante a cada uno de los que moraban en el refugio natural. Esa quietud se interrumpía en otras ocasiones con la llegada de la langosta con el ir y venir de los obreros de la finca haciendo sonar latas y prendiendo hogueras para ahuyentarlas. Fue eso antes de que se emplearan en la tarea los aviones, con la carga de HCH o de Malatión, que respiramos ajenos sus peligrosos efectos, al tiempo que las langostas iban estirando las patas.

Nosotros íbamos al San Fernando, al colegio que ha perdido la imagen titular y su capilla, años después de que la propia administración diera tan mal ejemplo segando la estampa del bello edificio, ocupando uno de sus patios con una construcción cuya provisionalidad se ha eternizado. Estudiamos en aquellas aulas en las que un día se nos convocó para que observáramos el eclipse con improvisados cristales ahumados. Años atrás, aquel centro que hasta no hace poco conservaba en su lateral de Ramón y Cajal el símbolo del Auxilio Social, la mano luchando contra la ferocidad del hambre y de la miseria, el centro digo recibió la visita del ministro Ruiz Jiménez, que dejó para la posteridad su valoración al decir que estaba ante " el mejor colegio que he visto en el mundo; mejor que

los colegios suizos". Fue el Colegio de Don Ramón y Doña Agustina, de don Germánico, de don Diosano, don Daniel, don Francisco, don José Adventosa, Don José Ana, de doña Amparo- con su tortuga que paseaba ausente ante la araucaria que rebasaba el campanario, al que llegó un día la certera pedrada de Pepín-, de doña Celia Ascanio, que supo navegar en su proa en tiempos de tránsito con feliz singladura...

Jugábamos en el patio del Colegio pero sabíamos que el mejor recreo estaba en la Placita, jardín de todos que tuvo su propio guardián. Qué lujo diríamos hoy, cuando tanto echamos en falta el ejemplar comportamiento de aquel caballero vestido de gris, don Moisés Trujillo, defensor de plantas y educador de grandes y de chicos para conseguir que nos interesáramos por respetarlas y entenderlas. Si alguien se desalmaba atenta estaba la voz de doña Paca, vecina de la tienda de mi tío Juan, que amenazaba con llamar a la chivata. Sucedió igual si algún balonazo entraba en la casa de los venezolanos, vecina de la de José Emilio, aunque en ese caso ni chivata ni nada, ya lo podíamos dar por perdido.

Nosotros conocimos también a María La Meona, que refrescaba las calles, al carro de la basura, al del hielo del que se colgaba peligrosamente mi hermano Edmundo, y hasta tuvimos la suerte de conocer a don Eugenio Fernández, el abuelo de nuestro amigo Nicolás, que vivía en Serrano, cerca de la Plaza Militar y que se dedicaba a trasladar mercancías con su carro de mulas. Entonces era frecuente ver en el barranco, debajo del puente Galcerán, a camellos, burros y otros animales, que se decía aguardaban el momento en el que iban a ser trasladados a otra isla y hasta entonces andaban casi en plena libertad. Hay que ver cómo a pesar del tiempo el nombre de Luis Duggi no se ha impuesto sobre el popular Monturrio, conviviendo el del promotor comerciante y político con el original referente geográfico. Mi primo Juan Roberto, se ha ocupado de uno de los vecinos, del escritor Pedro Víctor Debrigode Duggi, que como si fuera atraído por un imán recaló durante muchos años en la misma calle de sus ancestros, donde

escribió con tanta fruición que se contabilizan unas 1.500 novelas. Toda una autoridad a nivel internacional en la llamada literatura popular, con muchos títulos de millonario éxito en Alemania y Francia. Roberto le recuerda incluso con los muchos relojes que le situaban en marcos geográficos y vidas diferentes. Cuando hablamos solemos rememorar esos fortuitos encuentros con alguien al que vinculábamos más con la cultura francesa que con el andar de este chicharrero espacio. Igual nos pasaba con Luis Morera, cuando mucho antes de que se le conociera como cantante, con su poético mensaje en Taburiente, nos visitara casi todas las tardes para hacer la compra del día, cruzando la calle donde estaba la casa de su hermano Alvaro. Allí en la tienda, junto a mi tía Julia, oímos un día hablar de Vázquez Figueroa, cuyos tíos vivían justo al lado de Doña Tin y don Esteban, con su estanco-dulcería, que nos obsequiaban con dulces cada vez que le llevábamos maderas para alimentar el horno que nunca vimos pero imaginábamos detrás del paredón de robusta buganvilla.

Nuestro barrio tenía de todo. Era un universo en si mismo. Crecía en espectacularidad cuando llegaban las fiestas. Los Salesianos preparaban los tronos en la explanada ante la puerta del Hospital Militar. Las calles se engalanaban con papeles de seda. Qué suerte vivir aquel tiempo, ajeno a lo que al cabo de los años la vida nos iba a deparar, sin conocer entonces que con una de aquellas niñas que desde Iriarte iba cada mañana a Las Asuncionistas iba un día compartir la vida y que tendría la suerte de aprender de su madre, Julia Baute, otros muchas vivencias de este lugar común. Un día percibimos la fuerza del tiempo, los cambios. Nació por ello la asociación de vecinos que decidimos bautizar con el nombre de El Monturrio. Hubo voces que se opusieron. El término no les parecía acorde con los tiempos. Fuimos más los que seguíamos apostamos por revitalizar esa herencia. Con el entonces concejal Chago Melián descubrimos que debajo de las nuevas calles había espacio, que alentaba ilegales ocupaciones de los colindantes y se reclamó, para que adecuadamente preparado permitiera el disfrute de todos. Otro

día nos interesamos por el viejo almacén de la Junta de Abastos en Serrano, que el obispado redondeó con acertada negociación hasta conseguir la donación del financiero Botín y hacer efectiva la parroquia de María Auxiliadora, de la que es párroco el arcipreste Jorge Fernández, que ha logrado como bien señala Carlos García, recuperar tan digno patrimonio, con la esperanza de que el otro cincuenta por ciento del inmueble encuentre igual orientación.

Hoy el libro del Duggi-Monturrio llega con el eco de Carlos Chevilly, al que quemaron su biblioteca en años para olvidar, de Antonio Bermejo con su Fiesta, de Alberto Omar con sus infinitas y sabias lecciones de creación inagotable, de Julián Ayala, de Roberto Cabrera, de Kolia, de Nicolás Rodríguez, que me ha recordado Roberto llegó a decir, evocando a Whitman, "pobre barrio Duggi y rico barrio Duggi". No se podría imaginar Luis Duggi, descendiente del primer Duggi, genovés, que con su compatriota Bini, fundó agencia comercial, que al cabo de los años se iba a recordar su apuesta de promotor inmobiliario y hasta por verse envuelto en una leyenda de comerciante sin reparos, al decir del profesor Alfonso Trujillo, como me ha recordado el también profesor e historiador Julio Hernández, que me cita un periodo un tanto negro de la seuda esclavitud migratoria hacia la Perla del Caribe. Ni aventajando a Julio Verne podría pensar entonces que hoy su nombre lo luzca hoy el equipo del barrio, en diferentes categorías, que sea la referencia de Los Singuangos, y que esté en internet, donde por cierto hemos encontrado a la profesora Elena Duggi Keyser, en Cincinnati, Ohio, que se interesa por conocer detalles de su abuelo, sin que por el momento podamos precisar si está en esa línea de herencia o en otra que les conecte con antepasados comunes.

Hoy el Monturrio tiene sus claves en La Placita y en su barranco, ojalá que el abierto cauce sobre el basalto sea espacio para una de las más acertadas propuestas ciudadanas que he escuchado, la que ha hecho Pedro García Rodríguez, que sugiere establecer en ese lugar un museo del agua, con los elementos que

milagrosamente se han podido preservar en ese cauce natural,
vecino y limite de nuestras vidas.

Muchas gracias.